

EL DUELO

I.

LA INSTRUCCIÓN DE LA SEXTA COMPAÑÍA TOCABA A SU FIN y los oficiales más jóvenes miraban el reloj cada vez con más asiduidad y más intranquilos. Casi toda la compañía se encontraba haciendo la instrucción. Los soldados estaban desperdigados por toda la explanada: junto a los álamos de los bordes de la carretera, cerca de los aparatos de gimnasia, delante de las puertas de la escuela de la compañía, al lado de los blancos del polígono de tiro. Todos estos eran puestos imaginarios, como por ejemplo, el puesto del polvorín, el puesto de la bandera, el cuartelillo del retén o la caja de la unidad. Los cabos pasaban y ponían centinelas; se hacían los relevos. Los suboficiales comprobaban los puestos y ponían a prueba el conocimiento de sus soldados, procurando quitarle con habilidad el fusil a un centinela, haciéndole abandonar su sitio o dándole, para su custodia, algún objeto, generalmente la propia gorra. Los más veteranos, que conocían bien este juego, respondían en

estos casos con tono exageradamente severo: «¡Apártate! ¡Yo no tengo derecho a entregar el fusil más que a Su Majestad el Emperador en persona!». En cambio, los jóvenes caían en este juego: no habían aprendido todavía a diferenciar las bromas de las verdaderas órdenes, y caían en uno y otro extremo.

—¡Jlébnikov! ¡Demonios! —gritó el pequeño, rechoncho y valiente cabo Shapovalenko con acento de jefe dolorido—. ¿Estás tonto? ¡No sé para qué te lo he enseñado tantas veces! ¿De quién estás cumpliendo las órdenes? ¿Quieres que te arreste? ¿Para qué te he puesto de centinela en el puesto de guardia?

En el tercer pelotón había habido una seria confusión. El joven soldado tártaro, Mujamedzhínov, que no comprendía ni hablaba bien el ruso, se enfadó con su jefe al no poder diferenciar las órdenes verdaderas de las ficticias. Este cogió su arma y, a todas las órdenes y razonamientos, respondía con la misma frase:

—¡Te atravieso!

—¡Tranquilo! ¡No seas tonto! —intentaba convencerle su suboficial Bobyliov—. ¡Mírame a la cara! ¿Sabes quién soy? Soy tu jefe de guardia y por consiguiente te ordeno que lo dejes.

—¡Te atravieso! —seguía gritando el tártaro, asustado y enfadado; con los ojos inyectados en sangre, apuntaba con el extremo del fusil a cualquiera que se acercara a él. A su alrededor se reunió un grupo de soldados, riéndose por el

divertido episodio y por el momento de descanso que se les brindaba.

El jefe de la compañía, el capitán Sliva, fue a mediar en el asunto. Mientras se acercaba al lugar, andando encorvado, perezoso y arrastrando las piernas, en el otro lado de la explanada los oficiales de menor graduación se habían ido un rato a charlar y a fumar. Había tres: el teniente Vetkin, calvo, bigotudo, un hombre de unos treinta años, alegre, charlatán, cantante y amante de la bebida; el subteniente Romáshov, que llevaba ya dos años en el regimiento; y el suboficial Lbov, un chico vivaracho y esbelto, de ojos pícaros y con una sonrisa eterna en sus labios gordos e ingenuos, todo él rebosante de viejas anécdotas cuarteleras.

—¡Es una garrada! —dijo Vetkin, mirando su reloj de cobre y níquel y cerrando enfadado la tapadera—. ¿Por qué estamos todavía aquí, a estas horas? ¡Etiope!

— Eso debería usted explicárselo a él, Pável Pávlich —le recomendó con cara de pícaro Lbov.

—¡Que se vaya al diablo! Ve tú y se lo explicas. Lo importante aquí es que nada de esto tiene sentido. Solo cuando llegan las revistas, le entran las prisas. Y siempre se exceden: agotan a los soldados, les hacen sufrir, los dejan aturridos y cansados, y en el desfile están de pie como una vela. ¿Conocen aquel conocido suceso de cómo dos jefes de compañía discutieron sobre cuál de los soldados de sus respectivas compañías comía más pan? Ambos eligieron a

los soldados más tragones e hicieron un apuesta: cerca de cien rublos. Un soldado llegó a comerse siete libras y, sin poder con más, cayó desplomado. Entonces el jefe de la compañía le dijo al sargento: «¡Oye, me has engañado!». Y el sargento, mirándolo, le dice: «Pues la verdad, su excelencia, no comprendo qué le ha podido ocurrir. Por la mañana hicimos con él una prueba y se comió ocho libras de una sentada». Y eso mismo le pasa a los nuestros: ensayan a diestro y siniestro y en los desfiles hacen el ridículo.

—Ayer —comenzó a hablar con una fuerte risa—, cuando acabó la instrucción en todas las compañías, me fui a mi apartamento a eso de los ocho. Estaba todo totalmente oscuro y observé que en el undécimo regimiento estaban todavía repitiendo las voces de mando. En grupo decían: «¡Pre-pa-ren ar-mas, apun-ten ar-mas, fuego!». Me acerqué al teniente Andrusévich y le pregunté: «¡Oye! ¿Por qué estáis todavía con esa cantinela?». Y me contestó: «Hacemos como los perros: ladrar a la luna».

—¡Estoy harto de todo esto! ¡Es todo un aburrimiento! —dijo Vetkin bostezando—. Esperad, parece que alguien se acerca a caballo. ¿Parece que es Bek?

—Sí, es Bek-Agamálov —decidió con agudeza Lbov—. ¡Mira qué porte lleva a caballo!

—Sí, la verdad es que monta muy bien —dijo Romáshov—. Creo que va mejor que los de caballería. ¡Oh! ¡Mira, está caracoleando! ¡Cómo presume ese Bek!

El oficial se acercaba por el camino con sus guantes blancos y su uniforme de ayudante. Su caballo era fornido,

dorado, alto, de gran alzada y cola recogida a la inglesa. El caballo, intranquilo, cabeceaba con brusquedad, braceaba con rapidez y movía sus finas patas.

—Pável Pávlich, ¿es cierto que es circasiano? —le preguntó Romáshov a Vetkin.

—Sí, creo que sí. Muy a menudo los armenios intentan pasarse por circasianos, o por lesguines, pero Bek parece que no miente. ¡Mirad cómo va en el caballo!

—Espera, le voy a llamar —dijo Lbov.

Se puso las manos en forma de embudo alrededor de la boca y gritó con voz contenida, con el fin de que no le escuchara el jefe de la compañía:

—¡Teniente Agamálov! ¡Bek!

El oficial tiró de las riendas, paró un segundo y se giró a la derecha. Después, girando el caballo en esta dirección y removiéndose en el asiento, hizo que el caballo, con gran elasticidad, saltara a través del foso y, con un discreto galope, se dirigiera al grupo de oficiales.

Era una persona de mediana estatura, enjuto, fibroso y muy fuerte. Su cara, con frente inclinada hacia atrás, con nariz encorvada y con labios recios y enérgicos, era de gran belleza viril y todavía no había perdido la palidez característica de los orientales: su tez era morena y mate al mismo tiempo.

—Hola, Bek —dijo Vetkin—. ¿Ante quién estabas fanfarroneando? ¿Ante algunas muchachas?

Bek-Agamálov le dio la mano a los oficiales, inclinándose un poco y con cuidado en el asiento. Sonrió y sus blancos

dientes arrojaron una brillante luz por toda su cara y su bigote negro y bien cuidado...

—Por ahí iban dos judías bastante guapas. Pero nada de nada, no me hicieron ni puñetero caso.

—¡Sabemos lo mal que juegas a las damas! —inclinó Vetkin la cabeza en tono de afirmación.

—Escuchen, señores —dijo Lbov, riéndose de antemano—. ¿Sabéis lo que dijo el general Dojtúrov en relación con los ayudantes de infantería? Esto también va contigo, Bek. ¡Que son los jinetes más valientes del mundo!

—¡No mientas, alférez! —dijo Bek-Agamálov.

Y el ayudante golpeó a su caballo con las espuelas para dirigirse al suboficial.

—¡Palabra de honor! Dice que en vez de caballos tienen guitarras y trastos viejos, pero dales una orden y se van lanzados a donde sea. Si hay una valla o un barranco, los saltan sin problemas, y si hay arbustos, los rodean. ¡Sueltan las riendas, pierden los estribos, pierden el gorro! ¡Son bravos esos jinetes!

—¿Qué hay de nuevo, Bek? —Preguntó Vetkin.

—¿Qué hay de nuevo? Pues no hay nada nuevo. El jefe de regimiento acaba de pillar al teniente coronel Lej en el casino. Le ha gritado tanto que se ha escuchado por toda la explanada de la iglesia. Lej estaba borracho como una cuba y no era capaz de decir ni papá ni mamá. Se ha quedado escuchándole y tambaleándose, con las manos recogidas en la espalda. Y Shúlgovich le rugía: «¡Cuando hable con

un superior, tenga la bondad de no ponerse las manos en el trasero!». Todo esto en presencia de la servidumbre.

—¡Cómo aprieta las clavijas! —dijo Vetkin haciendo un mohín entre irónico y aprobatorio—. Ayer, en la cuarta compañía, dicen que gritaba: «¿Cómo os atrevéis a tutearme? ¡Recordad siempre que yo para vosotros soy el jefe! ¡Sin más discusiones! ¡Yo aquí soy el rey y señor!».

Lbov volvió a reírse con sus pensamientos.

—También, señores, hubo un altercado con un ayudante de campo del regimiento de N...

—Cállate, Lbov —dijo serio Vetkin—. Hoy ya te he mandado callar una vez.

—Tenemos otra noticia —continuó Bek-Agamálov. Encaró el caballo hacia Lbov y, bromeando, de nuevo intentó dirigirlo hacia el alférez. El caballo movía la cabeza y resollaba, arrojando gran cantidad de baba—. ¡Hay una noticia más! El jefe del regimiento exige a todos los oficiales que se entrenen en el manejo del sable. Ya en la novena compañía ha habido algunos problemas relacionados con esto: por ejemplo, Epifánov está arrestado por el simple hecho de tener su sable afilado... ¡Por qué te asustas, alférez! —le gritó Bek-Agamálov al suboficial—. ¡Vete acostumbrando porque algún día también tú serás ayudante, y estarás sentado sobre el caballo como gorrión frito en un plato.

—¡Eh tú, asiático, vete por ahí con tu caballo medio muerto! —dijo Lbov, esquivando el hocico del caballo—. Bek, ¿has oído que en el regimiento de N. un ayudante

compró un caballo de circo? Fue montado en él a un desfile y, ante el mismo general en jefe de las tropas, comenzó a andar a paso español. ¿Sabes cómo es ese paso, no?: con las patas levantadas a derecha e izquierda. Y al final, se metió en la formación de la compañía de cabecera. Pero el caballo no prestaba atención, solo se centraba en su paso español. Entonces Dragomírov le gritó: «¡Teniente, váyase con ese mismo paso a la celda de arresto, veintiún días, marchen...!».

—¡Eso son tonterías! —frunció el ceño Vetkin—. Escucha, Bek, desde luego ha sido una sorpresa lo del sable. ¿Qué significa esto? ¿Que ya no nos va a quedar tiempo libre? Ayer nos trajeron a nosotros también ese monstruo...

Y señaló hacia el centro de la explanada donde habían colocado un muñeco de arcilla que representaba algo parecido a una figura humana, pero sin manos y sin pies.

—¿Qué le ha pasado? ¿Se las han cortado? —preguntó con curiosidad Bek-Agamálov—. Romáshov, ¿has probado ya?

—Todavía no.

—¡Yo tampoco! Pero vamos a dejarnos de tonterías —murmuró Vetkin—. ¿Es que tengo tiempo yo para dar sablazos? Desde las nueve de la mañana hasta las seis de la tarde hay que estar aquí... No te queda tiempo para comer ni para beber vodka. Yo ya no soy un niño, gracias a Dios...

—¡Eres un tipo extravagante! Pero en realidad un oficial tiene que saber manejar su sable.

—Pero ¿para qué?, me pregunto yo. ¿Sirve en la guerra? Con las armas actuales no te dejan acercarte ni a cien pasos. En ese sentido, ¿para qué sirve el sable? Perdona, pero yo no soy de caballería. En el mejor de los casos se coge el arma por la culata... ¡Pon, pon! Se da en toda la cabeza... Eso es mejor.

—Vale, de acuerdo, ¿y qué me dices en tiempos de paz? No son pocos los acontecimientos que puedan acaecer: un levantamiento, un motín aquí o allí...

—Si es así, ¿para qué hace falta en estos casos el sable? No me voy a poner a trabajar como un peón, es decir, a cortar cabezas a diestro y siniestro. Solo con decir: ¡compañía! ¡Fuego! Asunto concluido...

Bek-Agamálov puso cara de descontento.

—Nada más que dices tonterías, Pável Pávlich. Pero, de verdad, respóndeme seriamente. Si, por ejemplo, sales a dar un paseo o estás en el teatro, o, por ejemplo, en un restaurante te ofende algún tipo enchaquetado... Te voy a poner incluso una situación límite: un civil te da una bofetada. ¿Qué harías?

Vetkin elevó los hombros e hizo una mueca de desprecio.

—¡Uf! En primer lugar ningún enchaquetado me va a pegar, porque le pegan solo a aquel que teme que le peguen. Y en segundo lugar... ¿qué haría? Pues le pegaría un tiro con el revólver.

—¿Y si, por casualidad, te has dejado el revólver en casa? —le preguntó Lbov.

—¡Diablos! Le daría una paliza... ¡Qué tonterías! Recuerdo un suceso en el que ofendieron a un corneta en un café cantante. Este se fue a su casa, cogió el revólver y se lió a tiro limpio con dos tipos ¡y punto!

Bek-Agamálov bajó la cabeza, enfurecido.

—Lo sé. Lo he oído... Sin embargo, tengo que decirte que el juez decidió que había actuado de forma premeditada y fue condenado. ¿Qué se adelanta con eso? No, yo en cambio, si alguien me ofendiera o me pegara...

No terminó de decirlo, pero apretó con tanta fuerza la mano con la que sostenía las riendas que toda ella comenzó a temblar. Lbov volvió a reírse.

—¡Otra vez! —le exhortó severamente Vetkin.

—¡Señores... por favor... ja, ja, ja! Recuerdo que en el regimiento de N. hubo un escándalo con el alférez Krauze: este estaba en una reunión benéfica y se puso a meter bulla, entonces el encargado del ambigú lo cogió de la hombrera y casi se la arranca. Krauze, ni corto ni perezoso, sacó inmediatamente su revólver y le pegó un tiro en la cabeza. ¡El encargado se quedó en el sitio! De repente, un abogado también se fue para él e igualmente le pegó un tiro. Sin duda todos se fueron de allí pitando. Krauze se dirigió tranquilamente al campamento y se fue a la primera fila, donde estaba la bandera. El centinela gritó: «¿Quién va?». «¡Es el alférez Krauze, que viene a morir bajo la bandera!»

Se postró en tierra y se hirió la mano. Luego el tribunal le dio la absolución.

—¡Bravo! —dijo Bek-Agamálov.

Con esto comenzó entre los oficiales una conversación bastante animada sobre sucesos sangrientos y violentos acaecidos en el lugar, y cómo todos estos sucesos en la mayoría de los casos quedaron impunes: en una pequeña ciudad, un corneta imberbe y borrachín, por ejemplo, se había introducido a sablazo limpio en un grupo de judíos a los que previamente había destrozado la «tienda pascual»^{*}; en Kiev, un subteniente de infantería hirió de muerte en una sala de bailes a un estudiante por el simple hecho de empujarle con el codo en el ambigú; en alguna ciudad grande, en Moscú o en Petersburgo, un oficial disparó «como a un perro» a un civil que, en un restaurante, le había hecho una advertencia de que las personas con educación no debían abordar a damas desconocidas.

Romáshov, que hasta ahora había permanecido en silencio, turbado, ajustándose las gafas sin necesidad y tosiendo, se metió en la conversación:

—Os diré mi opinión: a un encargado de ambigú no lo considero, pero si se trata de un civil, ¿cómo lo diríamos...? Si es una persona educada, un noble o algo parecido, ¿qué sentido tiene atacarle con el sable si está desarmado? ¿Por qué no le puedo exigir una disculpa? Creo que nos consideramos personas cultas, ¿no es así?

^{*} Se refiere a la fiesta de *las tiendas* de los judíos. (*Todas las notas son del traductor*)

—¡Está diciendo sandeces, Romáshov! —le interrumpió Vetkin—. ¡Póngase a exigir disculpas y le dirá!: «No, no admito los duelos y estoy en contra del derramamiento de sangre. Y además aquí tenemos un juez de paz». Y siempre irá usted con los morros hinchados.

Bek-Agamálov sonrió.

—¿Lo ves? ¿Estás de acuerdo conmigo? Te digo, Vetkin, que aprendas a manejar el sable. En el Cáucaso, ya desde la infancia se aprende. Con los juncos, con los carneros, en el agua...

—¿Y con personas? —añadió Lbov.

—También con personas —contestó con tranquilidad Bek-Agamálov—. ¡Y qué sablazos pegan! ¡De un solo golpe rebanan a la persona desde el hombro al muslo! ¡Eso sí que es un golpe! ¿Para qué complicarse más la vida?

—Y tú, Bek, ¿lo puedes hacer así?

Bek-Agamálov suspiró con pena:

—No, no soy capaz... He cortado por la mitad a un cordero... Lo he hecho incluso con una ternera, pero con personas no soy capaz. Bueno, cortarle la cabeza de un tajo sí puedo hacerlo, pero así, al sesgo, no. En cambio, mi padre lo hacía con facilidad.

—¡Bueno, señores! ¿Qué tal si probamos? —dijo Lbov con un tono suplicante y los ojos centelleantes—. ¡Bek, venga, vamos!

Los oficiales se dirigieron al muñeco de arcilla. El primero en probar fue Vetkin. Poniendo una expresión

furiosa en su sencilla y bondadosa cara, con todas sus fuerzas golpeó torpemente la arcilla. E incluso le dio a su voz el tono característico de los carniceros cuando cortan la carne de vaca. Su golpe entró en la arcilla un cuarto de *arsbin*^{*}, pero le costó sacar la hoja de allí.

—¡Mal! —dijo, moviendo la cabeza, Bek-Agamálov—. Ahora le toca a usted, Romáshov.

Romáshov desenfundó el sable y se ajustó las gafas inseguro. Romáshov era de estatura mediana, delgado y, aunque bastante fuerte para su complexión, por ser una persona tímida, era bastante torpe. No sabía esgrimir bien el florete ni lo había aprendido bien cuando estuvo en la escuela, y en año y medio de servicio casi había olvidado este arte. Levantando el arma en alto por encima de su cabeza, alargó al mismo tiempo hacia adelante su mano izquierda.

—¡Cuidado, la mano! —gritó Bek-Agamálov.

Pero ya era demasiado tarde. La punta del sable hizo una leve señal a la arcilla y Romáshov, creyendo que encontraría una mayor resistencia al golpear, perdió el equilibrio y se tambaleó. El golpe realmente había recaído sobre su mano izquierda, cortándole un pedazo de piel junto a la base del dedo índice. La sangre salió a borbotones.

—¡Veis! —dijo enfadado Bek-Agamálov, bajándose del caballo—. Esto no puede ser. ¡No vas a estar cortándote la mano continuamente! ¿Es posible manejar de esta manera

* Medida antigua rusa de longitud que equivale aproximadamente a 0,71 metros.

las armas? Bueno, no ha sido nada, átate con más fuerza el pañuelo. ¡Coge el caballo, alférez! La esencia principal del golpe no está en el hombro ni en el codo, sino aquí, en la muñeca. —Hizo varios movimientos giratorios rápidos con la mano derecha y la hoja del sable se elevó sobre su cabeza haciendo un refulgente círculo—. Ahora, prestad atención: hay que esconder la mano izquierda detrás de la espalda. Cuando asestéis el golpe, no golpeéis ni partáis el objeto. Hay que cortar y volver rápidamente el sable hacia atrás... ¿Comprendéis? Y además, recordad para siempre: el canto debe entrar oblicuamente en la superficie del golpe, y esto hay que hacerlo con seguridad. Gracias a esto el ángulo se vuelve más agudo. Mirad...

Bek-Agamálov retrocedió dos pasos del muñeco de arcilla, le clavó su penetrante mirada y, rápidamente, haciendo brillar en lo alto el sable, con un movimiento terrible incapaz de ser captado por la vista, dejando caer su cuerpo, le asestó un golpe. Romáshov solo escuchó el silbido del sable al cortar el aire y, al punto, la mitad superior del muñeco cayó al suelo pesadamente. La superficie del corte era suave, como si la hubieran pulido.

—¡Diablos! ¡Eso sí que es un golpe! —dijo admirado Lbov—. ¡Bek, amigo, por favor, hazlo una vez más!

—¡Venga, Bek, otra vez! —le pidió Vetkin.

Pero Bek-Agamálov, al ver el efecto positivo que había producido en los oficiales, se sonrió y guardó el sable en su funda. Respiraba con dificultad y su aspecto, con los ojos

llenos de maldad, la nariz corva y enseñando los dientes, era parecido al de un ave de rapiña, fiera y orgullosa.

—Pero esto, en realidad, no es un verdadero corte —dijo con aire orgulloso—. En una ocasión, mi padre, en el Cáucaso, contando ya con sesenta años, le cortó a un caballo el cuello de un sablazo. ¡Por la mitad! Queridos amigos, ¡hay que ejercitarse continuamente! Nosotros lo hacemos de esta manera: se pone un junco atornillado y se corta, o también nos ponemos al lado de un chorro de agua; si en el golpe no se salpica agua, es que este ha sido acertado. Bueno, Lbov, ahora te toca a ti.

El suboficial Bobyliov llegó corriendo y habló, asustado, con Vetkin.

—¡Su excelencia, que viene el jefe del regimiento!

—¡Fir-mes! —gritó, alargando la palabra, severa y excitadamente el capitán Sliva desde el otro lado de la explanada.

Los oficiales rápidamente se dirigieron a sus secciones.

Un coche grande y destartalado salió de la carretera lentamente y se detuvo. De él se apeó el jefe, inclinando todo el coche a ese lado; del otro lado salió con prontitud su ayudante, el subcapitán Fedorovski, un oficial alto y delgado.

—¡Saludos, sexta compañía! —se escuchó la voz densa y tranquila del coronel.

Los soldados, a su vez, gritaron en voz alta y desordenadamente desde los diferentes puntos de la explanada:

—¡Le deseamos salud!

Los oficiales se llevaron la mano a sus viseras.

—Les pido que no interrumpen la instrucción —dijo el jefe, y se acercó a la sección más próxima.

El coronel Shúlgovich no estaba hoy de muy buen humor. Le echó un vistazo a las secciones y les hizo a los soldados preguntas sobre el servicio de guardia. En ocasiones soltaba tacos con ese virtuosismo singular y bizarro, propio de los combatientes veteranos. Con su mirada fija, de ojos pálidos, descoloridos y severos, hipnotizaba a los soldados, y estos le miraban sin casi pestañear ni respirar, con los cuerpos temblorosos por el temor. El coronel era enorme, obeso, y tenía buena planta. Su cara era carnosa, con amplitud de pómulos, estrechándose hacia la parte de arriba y desembocando en una barba densa y plateada hacia abajo. La cara, debido a estas características, parecía tener forma de rombo grande y pesado. Sus cejas eran grisáceas, estaban desgredadas y tenían un aspecto terrible. Hablaba tranquilamente, sin subir el tono, pero cada uno de los sonidos de su extraordinaria y, famosa en la división, voz —voz con la que, por cierto, había hecho toda su carrera militar— se escuchaba en todos los rincones de la extensa explanada e incluso se expandía por la carretera.

—¿Tú quién eres? —preguntó tajante el coronel, que se había parado repentinamente ante un joven soldado de nombre Sharafútdinov, el cual estaba de pie junto a la valla del campo de gimnasia.

—¡El soldado de la sexta compañía Sharafútdinov, su excelencia! —gritó el tártaro esforzándose y con voz ronca.

—¿Tú eres tonto? ¡Lo que te he preguntado es qué guardia estás haciendo!

El soldado, confundido por la respuesta y por el aspecto de enfado del coronel, solo callaba y movía los párpados.

—¿Y? —Shúlgovich elevó la voz.

—... la que es propia del soldado —farfulló sin reflexionar el tártaro—. No lo sé, su excelencia —dijo por fin decidido y en voz baja.

La cara del coronel se arreboló como el rojo de un ladrillo y movió sus espesas cejas con odio. Se dio la vuelta sobre sí mismo y preguntó en voz alta:

—¿Quién es aquí el oficial más joven?

Romáshov dio un paso al frente y se llevó la mano a la visera.

—¡Yo, señor coronel!

—¡Ah! ¡Es usted! ¡El subteniente Romáshov! ¡Yase ve que instruye bien a su gente! ¡Cuádrese! —le gritó Shúlgovich con los ojos desencajados—. ¿Cómo tiene usted la osadía de presentarse así ante el jefe de regimiento? ¡Capitán Sliva! ¡Que conste en acta que su oficial subalterno no se sabe comportar ante sus jefes en actos de servicio! Tú, alma de perro —se volvió de nuevo Shúlgovich hacia Sharafútdinov—, ¿quién es tu jefe de regimiento?

—No lo sé —contestó abatido el tártaro, aunque con rapidez y firmeza.

—¡Vaya por Dios! Te estoy preguntando que quién es el jefe de tu regimiento. ¡Pues soy yo! ¿No lo comprendes? ¡Yo, yo, yo, yo! —Y Shúlgovich se golpeó en varias ocasiones con la palma en el pecho.

—No lo sé...

—¡¡.....! ¡¡.....! —El coronel pronunció una frase larga, de unas veinte palabras, enredada y cínica—. Capitán Sliva, tenga la bondad de poner en planta a este hijo de perra con todo el equipo y armamento. ¡Que el canalla se pudra con toda esa carga! Y usted, subteniente, piensa más en las faldas que en el servicio. ¿Solo le interesan los vals? ¿Es que lee a Paul de Cocote*? ¿Es quizás esto un soldado? —y le metió el dedo en la boca a Sharafútdinov—. ¡Esto es una vergüenza, una deshonra, un asco! ¡Y no un soldado! ¡No sabe ni el apellido de su jefe de regimiento! ¡Estoy verdaderamente admirado, subteniente!

Romáshov miró la cara gris, roja y de enfado del jefe; sintió las palpitations de ofensa y de nerviosismo de su corazón y cómo se oscurecían sus ojos. Y sin él premeditarlo, dijo en voz baja:

—Es que es tártaro, señor. No comprende el ruso y además...

La cara de Shúlgovich por un instante palideció, comenzaron a palpar sus flácidas mejillas y sus ojos se tornaron totalmente vacíos y terribles.

* Se refiere a Charles Paul de Kock (1793-1871), autor de cerca de doscientos dramas y vodeviles, y numerosas canciones. Su fama en Francia y en el extranjero fue muy grande gracias a una serie de novelas sobre la vida parisina.

—¿Qué-é-é-é? —comenzó a rugir con una voz tan ensordecedora que los niños judíos que estaban sentados cerca de la carreteras se escondieron, como gorriones, en diferentes lugares—. ¿Qué? ¿Qué está usted diciendo? ¡Silencio! ¡Este mocoso subteniente se atreve...! ¡Teniente Fedorovski, comuníqueme en la orden del día que impongo al subteniente Romáshov un arresto domiciliario de cuatro días por no comprender lo que es la disciplina militar! ¡Y al capitán Sliva le amonesto severamente por no saber hacer comprender a sus jóvenes oficiales los conceptos sobre el deber militar!

El ayudante, respetuoso e impasible, saludó militarmente. Sliva, encorvado, permanecía impasible, pero le temblaba la mano en la visera de la gorra.

—¡Le debería dar vergüenza, capitán Sliva! —murmuró Shúlgovich, tranquilizándose poco a poco—. Usted es uno de los mejores oficiales del ejército, un viejo veterano, pero, no obstante, le permite estas cosas a su juventud. ¡Ajústeles el cinturón! ¡Repréndalos sin vergüenza! ¡No hay que amedrentarse con ellos! ¡No son señoritas y no se van a descomponer!

El jefe se volvió bruscamente y, en compañía de su ayudante, se fue a su coche. Durante los minutos que este tardó en sentarse y en los que el coche se dirigió a la carretera para desaparecer por detrás del edificio de la escuela de la compañía, reinó en la explanada un silencio tímido y temeroso.

—¡Eh, caballero! —dijo Sliva con desprecio y sequedad, pasados unos minutos, cuando los oficiales se retiraban a sus casas—. ¡Qué mala idea ha sido esa de hablar! ¡Debería de haberse estado quietecito y callado! ¡Ahora estoy amonestado! ¡Usted no me hace falta para nada!

Sin terminar de hablar y moviendo la mano pesadamente, le volvió la espalda al joven oficial, todo encorvado, y se dirigió a su casa, a su sucio, viejo y solitario apartamento. Romáshov alzó la vista hacia adelante y vio su espalda abatida, estrecha y larga, y sintió que en su corazón, debido a la reciente ofensa y a la deshonra pública, había un sentimiento de compasión hacia ese hombre solitario, encorvado y por nadie querido al que solo le quedaban dos aficiones en el mundo: la belleza en las formaciones de su compañía y sus silenciosas, solitarias y diarias borracheras vespertinas de «hasta caer sobre la almohada», como decían los viejos borrachines del ejército.

Y como Romáshov tenía la costumbre, ridícula, infantil y característica de las personas jóvenes, de pensar acerca de sí mismo en tercera persona, con palabras tomadas de novelas del mismo patrón, se dijo interiormente: «Sus expresivos y bondadosos ojos se han cubierto de un velo de tristeza...».

II.

LOS SOLDADOS SE FUERON EN SECCIONES A SUS alojamientos. La explanada quedó desierta. Romáshov permaneció un rato indeciso en la carretera. No era la primera vez, en año y medio de su servicio como oficial, que había experimentado ese sentimiento de soledad y pérdida entre personas extrañas, indiferentes y malintencionadas, y sentía, asimismo, esa sensación de no saber qué hacer esa tarde. Los pensamientos sobre ir al casino de oficiales o de volver a su casa no le eran muy gratos. En el casino, en este momento, reinaba el silencio: seguramente allí solo habría dos suboficiales jugando al mezquino y pequeño billar, estarían bebiendo cerveza, fumando y diciendo obscenidades al jugar cada bola; en las habitaciones se percibiría ese arraigado y mal olor del almuerzo del comedor... ¡Todo esto le parecía aburridísimo!

«Me iré a la estación —se dijo Romáshov—; me es igual.»

En la pequeña aldea judía no había ni un solo restaurante. Los clubes, tanto los militares como los civiles, tenían aspecto de tristeza y abandono, y por eso, la estación era el único lugar donde los habitantes iban a hacer francachelas, a distraerse e, incluso, a jugar a las cartas. También iban allí las señoras a esperar la llegada de los trenes de pasajeros, lo que constituía una pequeña variación en el gran tedio de la vida provinciana.

A Romáshov le gustaba ir a la estación por las tardes a ver el tren de correo, que se paraba allí por última vez antes de atravesar la frontera prusiana. Con una fascinación fuera de lo común y lleno de emoción seguía con sus ojos cómo en la estación, surgiendo de una curva, entraba a todo vapor el tren compuesto solo de cinco vagones pequeños y nuevos; cómo se encendían y centelleaban con rapidez sus ojos de fuego, que arrojaban hacia adelante, a los raíles, haces de luz; y cuando parecía que iba a continuar sin detenerse, se paraba rápidamente emitiendo un silbido y formando un gran estruendo «como si fuera un gigante que se aferra a una roca en plena carretera», pensaba Romáshov. De los vagones, iluminados de lado a lado con luces de fiesta, salían mujeres hermosas, elegantes y acicaladas, con sombreros asombrosos y con trajes de una elegancia extraordinaria; se apeaban civiles muy bien vestidos, con presunción y de voces señoriales graves, hablando en francés o alemán, con soltura de ademanes y que reían indolentemente. Ninguno de ellos nunca le prestó ni un ápice de atención a Romáshov; no obstante él veía en ellos un pequeño trozo de aquel mundo inaccesible, delicado y maravilloso, donde la vida era un eterno festejo.

Pasaban ocho minutos. Sonaba la señal, silbaba la locomotora y el brillante tren se alejaba de la estación. Las luces no tardaban en perderse del andén y del ambigú. Volvía la monotonía, pero Romáshov siempre se quedaba

un rato más, acompañado de una tristeza silenciosa y soñadora, y seguía con la mirada cómo el farolillo rojo, que se tambaleaba suavemente en la trasera del último vagón, desaparecía en la oscuridad y se convertía en un punto casi imperceptible.

«Me iré a la estación», pensó Romáshov. Pero en ese momento miró sus botas y enrojeció de vergüenza. Eran unas botas pesadas de goma, de cuarta y media de calado, cubiertas hasta arriba de un barro negro, compacto como la masa de pan: esas botas las llevaban todos los oficiales en el regimiento. Después miró su capote, cortado hasta las rodillas, también por culpa del barro, con flecos colgando y ojales mugrientos y largos, y en ese momento suspiró. La semana pasada, cuando iba andando por el andén cerca de ese mismo tren de correos, se fijó en una señora alta y esbelta, con un traje negro, que estaba de pie junto a las puertas del vagón de primera clase. No llevaba sombrero y Romáshov, de una forma rápida aunque precisa, se fijó en su nariz fina y recta, sus labios rellenos y pequeños y su cabello negro, brillante y ondulado que con la raya en mitad de la cabeza hacía que este descendiera hacia las mejillas, cubriéndole las sienes y limitando con las cejas y las orejas. Tras ella, mirando por encima de sus hombros, había un joven con un traje claro, de cara arrogante y con los bigotes hacia arriba, como los del káiser Guillermo; más aún, todo él se parecía al káiser Guillermo. La señora a su vez se fijó en Romáshov, pero a él le pareció que se había

fijado atentamente y, por eso, según su infantil costumbre pensó: «Los ojos de una maravillosa desconocida se han fijado gustosamente en la esbelta figura de un joven oficial». Pero unos instantes más tarde, Romáshov se volvió para deleitarse de nuevo en su bella dama y advirtió que tanto ella como su acompañante se reían a sus espaldas. Entonces Romáshov, imaginándose desde afuera con una claridad asombrosa, es decir, sus botas, su capote, su pálida cara, su miopía, su habitual torpeza y confusión, recordó la misma frase hacía unos minutos pensada y enrojeció dolorosamente al sentir una vergüenza insoportable. E incluso en este momento que vagaba en soledad en la oscuridad de esta tarde primaveral, enrojeció avergonzado por ese episodio sufrido.

—No, no iré a la estación —murmuró Romáshov con una amarga desesperación—. Pasearé un poco más y después me iré a casa.

Era principios de abril. Las sombras del anochecer se hacía densas, imperceptibles para los ojos. Todo oscurecía, perdía el color y la perspectiva: los álamos que orlaban la carretera, las casas bajas con techumbres de tejas a los lados de la carretera y las figuras de los ocasionales transeúntes; todos los objetos se convertían en siluetas negras y planas, pero sus contornos se dibujaban en el aire con una claridad asombrosa. Por occidente, detrás de la ciudad, se encendían en el firmamento los fulgores del crepúsculo: era como si el cráter de un volcán en erupción arrojase torrentes

de oro derretido sobre las nubes grises y densas, y estas enrojecieran y emitieran vivos resplandores, rojos como la sangre, ambarinos y violetas. Y arriba, sobre el volcán, se alzaba la bóveda del apacible cielo vespertino, primaveral, con verdes reflejos de turquesa y aguamarina.

Andando por la carretera y moviendo pesadamente las piernas por sus enormes botas, Romáshov miraba de forma obsesiva este fuego mágico, como si detrás de este atardecer primaveral hubiera una vida luminosa y misteriosa, tal y como siempre había pensado desde su infancia. Era como si lejos, pasadas las nubes y el horizonte, hubiera una ciudad invisible, de deslumbrante hermosura y escondida por las nubes, en la que ardía un fuego eterno. Allí resplandecían con una luz irresistible las losas de oro de los pavimentos, se elevaban las extravagantes cúpulas y las torres de techos color púrpura, centelleaban los brillantes de las ventanas, flameaban en el aire banderas de diferentes colores claros. Y en esta ciudad de cuento la gente vivía gozosa y alegremente; sus vidas era como una dulce música y sus tristezas y pensamientos eran tiernos y maravillosos. Caminaban por las brillantes plazas, por los sombríos jardines, entre flores y fuentes; eran como dioses, repletos de un gozo indescriptible, que no conocían obstáculos en la alegría y en los deseos, y no estaban oscurecidos por ningún tipo de pesar, de vergüenza o de preocupación.

De repente Romáshov se acordó de la reciente escena de la explanada: los gritos groseros del jefe del regimiento,

el sentimiento de la ofensa perpetrada, ese doloroso y, al mismo tiempo, torpe e infantil sentimiento vivido ante los soldados. Lo que más le había dolido de este episodio era el hecho de que le gritaran de la misma manera que él normalmente gritaba a los testigos silenciosos de hoy; y en este sentimiento había algo que destruía la diferencia de las posiciones, algo humillante para su dignidad de oficial, y como él pensaba, para su dignidad humana.

Y bullían en su interior de niño —en realidad, en él todavía quedaba algo de niño— sueños fantásticos de venganza. «¡Mejor será que me deje de tonterías! ¡Tengo toda la vida por delante! —pensaba Romáshov, y, entusiasmado por sus nuevos pensamientos, comenzó a andar con más animosidad y a respirar más profundamente—. Porque a partir de mañana, a manera de despecho, me sentaré delante de los libros, me prepararé y entraré en la Academia. ¡Trabajo! ¡Oh, a fuerza de trabajo puedes hacer todo lo que quieras! ¡Simplemente hay que coger el toro por los cuernos! ¡Hay que estudiar como un loco...! Y contra todo pronóstico pasaré el examen con brillantez y, entonces, seguramente todos dirán: «¿Qué hay aquí de admirable? Estábamos seguros de que esto tarde o temprano ocurriría. ¡Es una persona tan joven, tan capaz y agradable, y con tanto talento!»».

Y Romáshov, de un modo asombroso, se imaginó como un culto oficial del Estado Mayor, con un futuro muy halagador... su nombre estaría escrito en la Academia en una placa de oro. Los profesores le augurarían un brillante

futuro, le invitarían a quedarse en la Academia, pero él se negaría para irse a filas: es necesario cumplir el tiempo de servicio en el regimiento. Se dirigiría a su compañía de forma educada, negligente, correcta y cortés, como aquellos oficiales del Estado Mayor que él había visto en las grandes maniobras del año pasado y en los levantamientos de planos. Rehuiría las reuniones con los oficiales, los malos hábitos del ejército, la familiaridad, las cartas, las juergas. Todas estas cosas no iban con él: él sabía muy bien que el estar ahí era solo una etapa en el camino hacia su futura carrera y su futura gloria.

Comenzarían las maniobras. Era un combate entre dos contendientes. El comandante Shúlgovich no comprendía la disposición de las fuerzas, se confundía, ponía nervioso a la gente y a sí mismo —ya le habían hecho dos apercebimientos a través de los ordenanzas del jefe del cuerpo de ejército—. «¡Capitán, venga en mi ayuda! —le diría a Romáshov—. ¡Ya sabe, como antiguamente! ¡Recuerde, je, je, je! ¡Cómo discutíamos! ¡Por favor!» Su cara era una mezcla de halago y de confusión. Pero Romáshov, de forma implacable, con el orgullo elevado y apartándose de él, guiando su caballo hacia adelante, le respondería con tranquilidad y orgullo: «Solo usted es el culpable, señor comandante... Es su responsabilidad disponer los movimientos del regimiento. Mi obligación es acatar las órdenes y cumplirlas...». Y rápidamente se acercaría el tercer ordenanza con una nueva amonestación.

El brillante oficial del Estado Mayor Romáshov se elevaría cada vez con más rapidez en su carrera... Hubo una rebelión entre los trabajadores de la fábrica de acero. Exigieron la presencia de la compañía de Romáshov. Era de noche, se veía el resplandor del fuego, había una muchedumbre enorme que gritaba, las piedras volaban... El esbelto y hermoso capitán entra a la cabeza de su compañía. Romáshov le dice a los trabajadores: «¡Hermanos, les advierto por tercera y última vez que abriré fuego!». Hay gritos, silbidos y risas... Una piedra golpea el hombro de Romáshov, pero él se mantiene tranquilo y con semblante sereno. Se vuelve a sus soldados, cuyos ojos están llenos de odio por la ofensa perpetrada a su respetado jefe. «¡Apunten a la multitud! ¡A descargas cerradas! ¡Compañía! ¡Fuego!» Cien disparos se unen en uno solo. Hay un rugido de terror. Decenas de muertos y heridos se arremolinan en tropel... El resto corre sin dirección, algunos se paran y se arrodillan, pidiendo clemencia. La rebelión está sofocada. A Romáshov le espera el agradecimiento de sus jefes y una recompensa por su ejemplar valentía.

Y más tarde vendría la guerra... Pero antes, Romáshov se iría como espía del ejército a Alemania. Aprende alemán a la perfección y se va. ¡Qué majestuoso arrojo! Va solamente con un pasaporte alemán en el bolsillo y con un organillo al hombro. Es necesario que vaya con ese instrumento. Va de ciudad en ciudad, volteando la manivela de su organillo y ganando *pfennigs**; se hace el

* El *pfennig* era una pequeña moneda alemana que valía 1/100 de un

tonto y, al mismo tiempo, poco a poco, levanta planos de las fortificaciones, de los depósitos, de los cuarteles, de los campos de concentración. El peligro le acecha de continuo. Su gobierno había renegado de él. Romáshov se encontraba fuera de toda ley. Si filtraba al enemigo sus valiosas informaciones, tendría dinero, grados, posición, fama; si no lo hacía, por la mañana temprano lo fusilarían sin previo juicio, sin formalidades en lo hondo de un oblicuo pasadizo cubierto. Ya le habían ofrecido compasivamente un pañuelo para que se vendase los ojos, pero él, orgulloso, lo arroja al suelo: «¿Acaso pensáis que un verdadero oficial teme mirarle a la muerte a la cara?». Un viejo coronel le dice con conmiseración: «Escuche, usted es joven, mi hijo tiene la misma edad que usted. Dígame su apellido, dígame únicamente su nacionalidad y conmutaremos su pena de muerte por un arresto». Pero Romáshov le interrumpe con fría cortesía: «Es inútil, coronel, se lo agradezco. Haga su trabajo». Después el coronel se vuelve al pelotón de fusilamiento: «Soldados — dice con voz firme y, por supuesto, en alemán —, os pido que lo tratéis como a un camarada, ¡apuntad al corazón!». Un teniente sensible, conteniendo con dificultad las lágrimas, agita un pañuelo blanco. Resuena la descarga...

Este cuadro se le representó a Romáshov tan viva y claramente — hacía ya un rato que caminaba jadeante, a grandes zancadas, y respiraba profundamente — que temblaba de terror, apretando febrilmente los puños, y su

marco alemán.

corazón palpitaba con rapidez. Pero al momento, se rió de sí mismo en la oscuridad, con una sonrisa débil y culpable, y, encogiéndose por el frío, continuó su camino.

Pero de nuevo le poseyeron estos sueños rápidos e irresistibles. Comenzó una dura y sangrienta guerra entre Prusia y Austria. El inmenso campo de batalla estaba repleto de cadáveres, granadas, sangre y muerte. Se trataba de la batalla más importante que decidiría la suerte de la campaña. Llegaban las últimas reservas, esperaban con impaciencia la aparición, en la retaguardia del enemigo, de una columna rusa de refresco. Había que aguantar la terrible presión del enemigo, había que resistir a toda costa, pero resultaba imposible. El fuego y el ataque más violento lo estaba recibiendo el regimiento de Kerenski. Los soldados peleaban, sin vacilar ni una sola vez, pero sus filas menguaban a causa del pedrisco del fuego enemigo. ¡Era un momento histórico! Si se resistía solo un minuto o dos más, la victoria sería arrancada de manos del enemigo, pero el comandante Shúlgovich está confuso. Es valiente, de eso no hay duda, pero sus nervios no pueden soportar la presión y el terror. Cierra los ojos, se estremece, palidece... Ya le ha hecho una señal al corneta para que toque retirada, ya el soldado ha puesto la boca en la boquilla del instrumento, pero en ese mismo instante, de detrás de una colina, aparece, montado en un caballo árabe, el jefe del Estado Mayor de la división, el coronel Romáshov: «¡Comandante, no se le ocurra retirarse! ¡Aquí

se decide el destino de Rusia!». Shúlgovich se encoleriza: «¡Comandante! ¡Aquí mando yo, y yo respondo ante Dios y ante el zar! ¡Corneta, toca!». Pero Romáshov ya le ha quitado al corneta su instrumento. «¡Chicos, adelante! ¡El zar y la patria nos están mirando! ¡Viva!» Con furia los soldados siguen a Romáshov. Se produce una gran confusión, todo se cubre de humo, todo es un amasijo de personas. Las filas enemigas se tambalean y se retiran en desorden. Y por detrás de los cerros, a lo lejos, ya brillan las bayonetas de la columna de refresco. «¡Hurra, hermanos, victoria!»

Romáshov, no ya andando sino corriendo y agitando los brazos vivamente, se paró de repente y volvió en sí. Parecía como si unos dedos fríos recorrieran su espalda, sus brazos y sus piernas por debajo de la ropa y por su cuerpo desnudo; se le erizaban los pelos de su cabeza y sus ojos estaban cubiertos de lágrimas de entusiasmo. No se percató de que había llegado a su casa y, despertándose de este ardiente sueño, miraba admirado su conocida cancela, el jardín frutal de detrás de la cancela y la casita diminuta y blanca al fondo de la misma.

—¡Qué de tonterías se me vienen a la cabeza!
—murmuró confuso. Y su cabeza se hundió tímida entre sus alzados hombros.